

ANDREA HARTUNG

ARCHIVO CRIMINAL

El mal está en todas partes

 Planeta

1.

CULTOS Y SECTAS

i Bienvenido a mi culto! ¿Quieres participar? Solo necesitas cumplir con algunos requisitos:

- Seguir al líder sin cuestionamientos.
- Entregarnos tus bienes.
- Aislarte de tus círculos de apoyo.
- Abandonar tu identidad y estilo de vida.
- Cualquier otro requisito que surja en el camino.
¡Todo es perfectible!

Si nunca te has cruzado con un anuncio así de extraño, es porque los cultos y sectas son, por lo general, menos evidentes en sus lógicas e intenciones. O porque muchas veces van de menos a más, y aunque empiezan con las mejores intenciones, pueden terminar en situaciones donde se pone en peligro la vida de sus integrantes o de otras personas.

Aunque a veces empiezan mal y terminan peor.

¿Se imaginan que un par de personas ofrecieran charlas en universidades y centros comunitarios sobre extraterrestres, asegurando que eventualmente ascenderemos en una nave espacial para unirnos a ellos? Supongamos que es algo que puede pasar. Pero supongamos, además, que estas charlas son un éxito y que decenas de personas dejan sus hogares, familias y posesiones para unírseles y prepararse espiritualmente para la eventual partida.

La verdad es que no hay que ir tan lejos con la imaginación. Más bien, hay que volver en el tiempo, a la década de los setenta, cuando un profesor de música llamado Marshall Applewhite conoce a una enfermera de nombre Bonnie Nettles. Hay distintas historias sobre cómo se conocieron, pero parece haber consenso en que Marshall era paciente del área de psiquiatría en un hospital donde Bonnie hacía un reemplazo. Lo que sí está claro es que algo hizo clic entre estos desconocidos, como suele suceder cuando nos cruzamos con alguien e inmediatamente nos sentimos conectados.

La enfermera, que estaba casada y tenía cuatro hijos, se sentía atraída por el mundo esotérico y manejaba mucha información al respecto. Él, divorciado y sin hijos, sintió que Bonnie le hablaba de todos esos temas que siempre le habían interesado y que cada palabra que ella emitía le hacía más sentido que cualquier otra cosa que hubiera escuchado en la vida. Se dio cuenta de que por fin escuchaba la verdad, y se unió a ella en un viaje que duraría décadas y que terminaría con el suicidio masivo con más víctimas realizado en suelo estadounidense.

Se llamaron de muchas formas. Next Level Crew, Total Overcomers, Human Individual Metamorphosis. Pero el nombre que los hizo famosos fue Heaven's Gate: el portal del cielo. Y es que, para ellos, el cielo físico y el espiritual eran el mismo, y el creador, o dios, o lo que fuera, estaba entre las estrellas y los planetas.

Predicaban, en universidades, centros comunitarios y cualquier lugar que se los permitiera, sobre cómo los extraterrestres se llevarían a los humanos a ese plano superior. Contaban que ellos, Bonnie y Marshall, no eran de la Tierra, sino que venían del nivel superior para contarles a los humanos que próximamente iban a viajar al reino de dios en una nave espacial.

Pero, como suele pasar, explicaban que estos seres de luz no se llevarían a todos los humanos, sino que a los que estuvieran listos. Y por supuesto que la única forma de estarlo era siguiéndolos.

Se promocionaban a través de folletos y en algunos medios de comunicación que no dudaron en reportar sobre este grupo de personas que hablaba de extraterrestres. Estuvieron en Colorado, Washington y Oregón, antes de llegar a California y, tras su paso por esos estados, se reportaron personas perdidas, que simplemente habían desaparecido para seguir al «culto de los ovni». Se trataba de personas que perdían cualquier tipo de contacto con sus cercanos, dejando sus estudios, trabajos y familias, para escuchar a Bonnie y Marshall, quienes a estas alturas se hacían llamar Ti y Do (por las notas musicales. Ti, en inglés, corresponde a la nota «si»). Eran fanáticos de *La novicia rebelde*).

Cuando terminaron el *tour* californiano en San Francisco, ya iban con más de doscientas personas, quienes a su vez tenían que abandonar sus propiedades, sus sistemas de creencias y todo lo que los atara a la

Tierra. Muchos dejaron a sus hijos pequeños al cuidado de los abuelos.

Una vez que consiguen que un grupo importante de adultos funcionales dejen sus vidas con motivos espirituales, la siguiente fase es de lavado de cerebro, de recalibración de sus creencias. Y esto lo logran a través del aislamiento. No solo se iban, sino que además cortaban nexos: no había llamados telefónicos ni cartas permitidas en el esquema. De hecho, durante una primera etapa, los alienaron completamente de la sociedad, a tal punto que vivieron en total pobreza, durmiendo en carpas y pidiendo limosnas en las calles.

Todos comían lo mismo: muy poco. Porque originalmente, el plan era viajar al espacio en el cuerpo humano, el cual debía estar impoluto, tanto por dentro como por fuera. De más está decir que, incluso entre parejas consolidadas, las relaciones sexuales estaban estrictamente prohibidas, así como cualquier tipo de pensamiento erótico.

Para quienes lo vemos desde afuera —o desde el futuro— nos puede parecer una barbaridad. Pero ¿acaso no estamos nosotros mismos familiarizados con religiones donde el celibato y el ayuno son clave para conseguir la pureza y el pase al cielo? Es que se trata, sin duda, de mecanismos de control con los que se busca dar un carácter espiritual a aquello que es meramente físico. Y en el caso de Heaven's Gate, seguir alienando a sus

miembros y separándolos de todo aquello que eran antes de unirse al grupo.

Eventualmente dejaron la pobreza. No tenía sentido, y los líderes ya estaban tranquilos con la lealtad de la veintena de personas que, pese a todo, optó por quedarse. Armaron una empresa de diseño y, como muchos tenían estudios en tecnología, se dedicaron a la creación de sitios web. Incluso les dieron algunos «beneficios», que en realidad eran mecanismos de control distintos: en 1982 se les permitió llamar a sus familias una vez y en 1983 pudieron ir de visita por el Día de la Madre. Esto cumplía dos objetivos: el primero, sacarse de encima a las familias que los buscaban, contratando investigadores privados y contactando a las autoridades. Y, por otro lado, Bonnie y Marshall podían comprobar quienes, pese a poder abandonarlos, se quedarían con ellos. No más de un par decidió no regresar.

Las sectas tienen que ser moldeables, si no pierden credibilidad luego de cualquier traspie. ¿Recuerdan que, según las enseñanzas iniciales, ascenderían al cielo en sus propios cuerpos? Pues a Bonnie le sacaron un ojo producto de un cáncer, y en 1985 murió. ¿Cómo se explica que la líder hubiera abandonado su cuerpo, que además le resultó imperfecto? Marshall, que desde un comienzo no había sido más que el segundo al mando, tuvo que buscar respuestas con las que pudiera convencer a los seguidores y quizás hasta a él mismo. Y es que si hubiera podido resucitar a Bonnie al tercer día...

Lo que sucedió, en cambio, fue un ligero cambio de paradigmas. No era, como se dijo antes, que los elegidos fueran a subir a la nave y viajar al cielo con su cuerpo. Después de todo, el cuerpo era imperfecto, impuro, terrenal, mientras que el nivel superior era celestial, perfecto e impoluto. Aquí es donde Heaven's Gate da un giro verdaderamente peligroso: lo que va a pasar, explicó Marshall, es que, llegado el momento, dejarán sus cuerpos en la tierra para ascender a la nave solo en espíritu. Ahí los estará esperando Bonnie, con un set de cuerpos nuevos que podrán usar.

Pero no dejarán los cuerpos terrenales de a uno, en la medida en que mueran por causas naturales. Lo harán cuando Bonnie y la nave los pasen a buscar.

La muerte de Bonnie y el cambio obligatorio de creencias llevó a que Heaven's Gate tomara un giro mortal, uno que quedaría marcado en la historia de un país entero, incrédulo ante un desenlace tan brutal. No es raro que algunos líderes de sectas entren en pánico y giren hacia estas salidas cuando las cosas no andan como esperaban o cuando sus profecías no se cumplen. Le pasó también a Ramón Castillo. Puede que ese nombre no les suene, pero seguro se acuerdan de Antares de la Luz y la secta de Colliguay.

Castillo había reunido a un variopinto grupo de adultos jóvenes, en su mayoría con estudios universitarios y familias tradicionales, que buscaban un camino más espiritual y que encontraron la respuesta en los talleres

de meditación que ofrecía. Como pasa en varios casos —aunque no en todos— no era explícito en referirse a sí mismo como una deidad, pero sí daba a entender que tenía conocimientos que los demás no podían alcanzar. Dentro de las cosas que sabía, se encontraba que el fin del mundo como lo conocemos tendría lugar el 21 de diciembre del 2012 —porque eso habría indicado, supuestamente, el calendario maya— y que como él era un ser de luz o un maestro, no podía embarazar a las mujeres con las que tenía relaciones sexuales.

Este último dato resultaba bastante útil, especialmente cuando la mayoría de las integrantes del grupo eran mujeres y entre sus misiones se encontraba estar disponibles sexualmente para el líder. Según datos de la investigación, incluso, una de ellas tenía el don de sacar los malos espíritus del cuerpo de Antares, mediante la práctica de sexo oral.

Pero su favorita era Natalia Guerra. Aunque llegó con su pareja, Pablo Undurraga, rápidamente las relaciones sexoafectivas entre los miembros del grupo fueron disueltas, siendo Antares el único que podía acceder a ellas carnalmente. Con Natalia tenía relaciones de forma usual, sin ningún tipo de protección —más allá de la que le entregaba ser el líder espiritual—, por lo que para nadie debió ser una sorpresa cuando ella anunció que estaba esperando un hijo.

Así como les pasó a los del Heaven's Gate con la muerte de Bonnie, para los de Colliguay el embarazo

de Natalia fue un *shock* y el catalizador de una tragedia que impactó a todo el país.

Tras varias sesiones de ayahuasca, Ramón Castillo llegó a la conclusión de que Natalia estaba gestando al anticristo y que era su rol destruirlo. La mujer fue apartada: le inventó a su familia que se iría de viaje por el continente y que sería difícil contactarla. Solo otra de las integrantes se quedó con ella en una cabaña, y cuando esta debía comunicarse con el líder, tenía que hacerlo lejos de Natalia, porque al llevar a un ser maligno en sus entrañas podía contaminar la energía del falso profeta.

Dicen que la noche que el niño nació, Castillo quería que las demás mujeres practicaran una cesárea en el vientre de Natalia, pero los demás le hicieron entrar en razón, lo que llevó a que, finalmente, el pequeño Jesús naciera en la Clínica de Reñaca.

Tras un alta anticipado solicitado por Natalia, se lo llevaron a Colliguay, y el resto es historia: cuando aún no daba la medianoche, el 23 de noviembre los integrantes de la secta se reunieron en torno a una especie de iglú sin techo, donde realizaban ritos de sanación y donde había piedras quemándose. En una especie de fogón, con sus manos y pies atados, y una cinta adhesiva cubriéndole la boquita, depositaron a Jesús para que muriera calcinado.

Pese al hecho macabro, el grupo no se disolvió sino hasta después del 21 de diciembre cuando, para sorpresa de nadie, el mundo no se acabó.

Natalia terminó confesando a sus padres el crimen, mientras que el líder figuraba en un pueblo peruano, donde finalmente fue encontrado colgado de las vigas de una casona abandonada. Algunos de los integrantes de la secta pasaron tiempo tras las rejas, pero hoy en día todos se encuentran en libertad.

En el caso de Heaven's Gate, la muerte de Bonnie provocó un cambio de planes con relación a cómo el grupo llegaría al nuevo plano superior. Como adelantamos, ahora tendrían que dejar sus cuerpos en la Tierra, pues recibirían «envases» nuevos una vez que estuvieran en la nave, reunidos con su líder y con el resto de los seres celestiales. Y para esto se prepararon.

Aún es posible encontrar en internet el sitio web oficial del Heaven's Gate, donde hay mucha información detallada sobre lo que pasaría en este nuevo plano y sobre las creencias en general del grupo. Para entenderlos, es útil el documento llamado *La introducción de Do: Propósito y creencias*, donde Marshall une sus teorías con el mundo cristiano.

«Hace dos mil años, un grupo de miembros del Reino del Cielo, responsable de nutrir los jardines, determinó que un porcentaje de las plantas humanas de la civilización presente de su jardín se había desarrollado lo suficiente, como para que esos cuerpos pudieran

ser usados como contenedores para depositar almas. Siguiendo instrucciones, un miembro del Reino del Cielo dejó atrás su cuerpo en el Siguiendo Nivel, similar a dejarlo en un armario, como un traje que no necesitará usar por un tiempo, vino a la Tierra, y se mudó (o reencarnó) a un cuerpo de adulto humano (o vehículo) que había sido preparado para esta tarea en particular. El cuerpo elegido se llamó Jesús. El miembro del Reino del Cielo que recibió la instrucción de reencarnarse en ese cuerpo lo hizo bajo las instrucciones de su Padre (o Miembro Antiguo). Se mudó a ese cuerpo cuando tenía entre veintinueve o treinta años, al tiempo referido como el bautismo de Juan Bautista (al evento se le definió como “... el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma”»).

Según se explica en este documento, el ser que tomó el cuerpo de Jesús les mostraría la verdad a quienes lo siguieran, y estos serían personas que de alguna forma habían recibido el espíritu: en el caso de los sucesos relatados en la Biblia, a través de Pentecostés.

Aquí es donde, para muchos, Marshall o Do cruza una línea, pues se pone en el lugar de Jesús: «Estoy en la misma posición, en la sociedad actual, en la que estuvo aquel en el cuerpo de Jesús. Que yo esté aquí es una continuación de la última tarea que fue prometida a aquellos que estudiaron hace 2000 años». O sea, su misión era llevar al grupo de elegidos —a sus propios apóstoles— al Reino de los Cielos.

¿Pero cómo lo lograría? En una declaración de 1995 —también publicada en la web—, lo explican mejor. Primero, dicen que «no es solo que este cuerpo, en cierto sentido, sea el contenedor temporal del alma, sino que, lo que es más importante, el alma es la casa o contenedor de la nueva criatura». Esta alma, una vez que se une a un nuevo cuerpo físico en el nivel superior, olvidaría la información mundana aprendida en la Tierra, para llenarse de nueva información en su nueva forma física.

Espero, de todo corazón, que lo que escribí en los últimos párrafos no te haga ningún sentido.

Pero en marzo del 1997, treinta y nueve personas —incluidas Marshall— decidieron que esto sí les hacía sentido y que era hora de abandonar sus cuerpos. Esto coincidió con el paso del cometa Hale-Bopp. Verán, según ellos creían, tras este cometa viajaba una nave espacial donde se trasladaba Ti, o Bonnie, y que los venía a buscar. Era, como señalaron en un último mensaje grabado, la única vía de escape.

Según explicó Marshall, este evento significaría el cierre de Heaven's Gate y la llegada a un nivel de existencia sobrehumano, tanto físico como espiritual. Como parte de la preparación, cada uno de los miembros grabó un video despidiéndose de las personas que dejaban en la tierra. Todos, sin excepción, aparecen sonrientes y expectantes, como si se hubieran preparado para este momento toda su vida.

Para dejar atrás sus cuerpos terrenales y viajar a la nave, se uniformaron. Vistieron de negro, a excepción de zapatillas blancas Nike, y se cosieron en el traje una insignia, al estilo Star Trek. Se ubicaron en camarotes, y en grupos, y por oleadas ingirieron un barbitúrico —sedante que se utiliza como anestesia suave— llamado fenobarbital, mezclado con puré de manzana o pudín, y tomaron vodka. Además, para evitar errores, colocaron bolsas plásticas en sus cabezas para asfixiarse. Todos tenían cinco dólares en sus bolsillos y tres monedas de veinticinco centavos. No hubo sobrevivientes.

¿Puede una muerte así calificarse de suicido? Claro, no creían estar muriendo, sino que renaciendo, pero ¿no es esto similar a la promesa de vida eterna que vende el cristianismo, así como varias otras religiones? Al menos, en el caso de Heaven's Gate hay espacio para la duda.

No pasa lo mismo con Jonestown.

Ubicada en Guyana, la explanada de Jonestown donde se centró El Templo de la Gente, le debe su nombre a su líder, un hombre que salió de la pobreza para convertirse en líder religioso y en el responsable del suicido masivo más numeroso en la historia: Jim Jones.

Creció con una madre que no lo quería y un padre que o estaba buscando trabajo o estaba mirando el fondo de un vaso en la cantina local. Pero rápidamente fue «aguachado» por una familia cristiana, donde se leía la Biblia y se hablaba sobre predicar. Desde chico

le gustaba debatir con adultos, vestir de traje e incluso aseguraba que tenía poderes especiales, como el don de volar.

Según algunos de sus biógrafos, sus esfuerzos por ser un líder religioso se debían a la falta de apoyo familiar con la que creció y que envidiaba en sus pares. Porque, cada vez que se presentaba en un acto escolar, mientras que a los demás les aplaudían, él solo veía sillas vacías.

Sus intenciones, en un comienzo, no eran malas. Quizás nunca lo fueron. Quizás no se necesitan malas intenciones para cometer atrocidades, solo personas que te sigan y que no cuestionen tus ideas, por más descabelladas que sean.

De todas formas, las ideas de Jim Jones no siempre fueron atroces. No lo fueron cuando les exigió a las iglesias permitir que feligreses afrodescendientes y latinos se sentaran en las primeras filas para escuchar las prédicas, ni tampoco cuando se asoció al Partido Comunista, atraído por una ideología que profesa la igualdad entre las distintas clases sociales.

Pero, a comienzos de la década de 1960, estos discursos dieron paso a otros más radicales: se adjudicó profecías que hablaban de —¡vaya, qué sorpresa!— un próximo fin del mundo, provocado por un ataque nuclear. Además, estaba convencido de que tanto él como quienes lo apoyaban estaban siendo vigilados muy de cerca por las autoridades. Su paranoia solo creció cuando se mudó, junto con un centenar y medio de seguidores,

a California, donde como método paliativo buscó controlar la vida de sus súbditos. Los llamó, incluso, a entregarle todo el dinero a su iglesia y a trabajar para ella, a cambio de alojamiento y comunidad.

En un momento aseguró incluso tener el don de curar enfermedades mediante la imposición de manos, convirtiéndose de a poco en el mismo ser que los feligreses adoraban: ya no era Dios a quien seguían a través de un profeta, sino que comenzaron a convencerse de que el ídolo estaba en la Tierra con ellos. Jim Jones dejó de ser el camino y se convirtió en el destino final.

La paranoia, la desconfianza con la que los miraban las autoridades y otros problemas llevaron a que Jim Jones buscara un lugar seguro donde ubicarse con su comunidad. La búsqueda los llevó a Sudamérica, a Guyana. Arrendaron una zona amplia y rural en la que, con sus propias manos, construyeron una especie de ciudadela. La llamaron Jonestown, el pueblo de Jones, y para 1977 contaba con medio centenar de residentes. Muchos de ellos eran estadounidenses que sentían que su país había caído en las garras del fascismo y que buscaban un escape hacia un paraíso que siguiera las creencias socialistas. En 1978 ya eran novecientas personas.

Pero el paraíso es relativo. Porque, según la información que existe sobre la vida en Jonestown, en este Edén había más que serpientes engatusadoras y manzanas prohibidas.

Al llegar a Jonestown, las personas debían entregar sus documentos de identidad, quedando al amparo de los líderes y evitando que pudieran salir libremente. Además, se llevaban a cabo distintos actos de manipulación, como probar la lealtad de algunos elegidos diciéndoles que en su jugo había veneno y que debían tomarlo. Les llamaba «noches blancas», en las que básicamente se practicaban suicidios masivos.

Y es que, para apaciguar la paranoia exacerbada del líder, las herramientas de control físico y emocional debían estar a la altura de la locura.

Para finales de 1978, Jones ya había encargado grandes cantidades de cianuro, diazepam y prometazina. Nadie ensaya sin un acto final en mente.

Familiares de los residentes de Jonestown, que seguían en Estados Unidos, comenzaron a preocuparse por el bienestar de quienes habían viajado, por lo que se comunicaron con las autoridades. Poco se podía hacer con adultos que habían viajado voluntariamente fuera del país, pero también había niños y, mal que mal, se trataba de casi mil ciudadanos estadounidenses viviendo en el extranjero en un contexto, por lo bajo, exótico.

Fue en base a estas preocupaciones que, el 17 de noviembre de 1978, el congresista Leo Ryan, acompañado de una delegación que incluía a reporteros, tomó un vuelo privado hacia Jonestown, sellando para siempre su destino y el de las personas que ahí se encontraban.

Bien recibido por las autoridades, Ryan recorrió la comunidad y habló con distintas personas. Varios le expresaron su deseo de volver a Estados Unidos, por lo que el congresista reunió a los desertores y, autorizados por Jim Jones, al día siguiente partieron hacia el aeropuerto. Pero la comitiva fue interceptada por hombres armados, quienes abrieron fuego asesinandolos.

Mientras esto sucedía, en un escenario ubicado al centro de Jonestown, Jim Jones se dirigía a la comunidad. Su último discurso quedó grabado en cintas, por lo que sabemos exactamente qué dijo:

«Hice lo posible por darles una buena vida. Pese a mis intentos, un manojito de los nuestros, con sus mentiras, han hecho que nuestra vida sea imposible. No hay forma de separarnos de lo que pasó hoy. No solo estamos en una situación complicada; no solo están aquellos que nos dejaron y que cometieron la traición del siglo; algunos robaron los niños de otros y en estos momentos tratan de matarlos, porque les robaron a sus hijos. Y aquí estamos, esperando en un barril de pólvora».

En medio del caos que causan estas palabras, algunos intentan convencerlo de otras vías, como huir del país a territorio soviético, pero luego de explicarles que el congresista está muerto, les hace ver que no hay escapatoria a sus destinos: todos, incluidos los doscientos setenta y seis menores de edad que se encontraban en el lugar, son llamados a beber un jugo que esta vez sí

tenía veneno. Primero lo tomaron los más chicos, y en las grabaciones se pueden escuchar sus llantos.

«Sin mí, la vida no tiene significado. Solo relájense y no tendrán problemas. Deben beberlo. Si no lo hacen, se arrepentirán».

Y, finalmente, las últimas palabras a un dios al que había dejado de alabar, para alabarse a sí mismo: «Toma nuestras vidas. Las ponemos ante ti, estamos cansados. No nos suicidamos, sino que hacemos un acto de suicidio revolucionario en protesta por las condiciones de un mundo inhumano».

Jim Jones murió producto de un disparo en la cabeza.

*

Es imposible hablar de cultos y sectas sin recordar a la familia Manson.

El 8 de agosto de 1969, una semana antes del mítico festival de Woodstock, en la calle Cielo Drive de Los Ángeles, California, comenzó un baño de sangre sin precedentes, que duraría dos noches, conmocionaría al país y se convertiría en un hito en la historia criminal. No solo por quiénes y cómo murieron, sino que también por lo que llevó a la tragedia.

Sharon Tate era actriz y la joven pareja del director Roman Polanski. Estaba embarazada de ocho meses y, mientras el cineasta se encontraba en Europa, ella se organizó con amigos para que la acompañaran en

la lujosa residencia. Eran el peluquero y expareja de la actriz Jay Sebring, la heredera cafetera Abigail Folger y el escritor Wojciech Frykowski.

Esa noche, cuatro jóvenes desconocidos, Tex Watson, Susan Atkins, Patricia Krenwinkel y Linda Kasabian, llegaron hasta Cielo Drive con un solo objetivo: desatar el caos. Habían sido enviados por Charles Manson, una especie de líder mesiánico que habitaba un antiguo rancho en Los Ángeles con un grupo de jóvenes jipis —casi todas mujeres—. Si bien el grupo era en apariencia inofensivo, sobre ellos pesaba el velo de una maldad impensada.

Charlie tuvo una infancia dura, sin dudas. Siendo muy pequeño su madre intentó regalarlo a una mesera, y su infancia y adolescencia las vivió principalmente tras las rejas. Cuando llegó a San Francisco, recién liberado de un paso por la cárcel, se encontró con la meca del jipismo, el amor libre y los jóvenes impresionables. Manson tocaba guitarra y hablaba de la libertad y la revolución, lo que convocó en torno a él a jóvenes de distintas edades y niveles socioeconómicos y educativos.

Buscando dónde establecerse, llegaron al Rancho Spahn, en el valle de San Fernando. Se trataba de un set de películas abandonado, a cargo de su dueño, un hombre mayor y ciego llamado George Spahn. Aprovechándose de la condición del viejo, Charlie lo convenció de que los dejara vivir en el terreno a cambio de que ellos se hicieran cargo de las labores de mantención.